

LOS LENTES PLEOCROMICOS

Me coloqué los lentes con la natural desconfianza de quien ha oído hablar de las deformaciones que producían. Me asomaron a un mundo deslumbrante. Mi escritorio se alejó a una distancia tal que parecía una pulga. Pero no era una pulga ni un escritorio. Podía pensarse mejor en la idea borrosa que surgió en la mente del primer carpintero que tuvo la ocurrencia de hacer un escritorio o en el esbozo que debe aparecer en el vientre de una pulga dos horas después de haber copulado. Giré la vista para observar mi mano. Quedé aterrorizado. Cinco grandes rayos luminosos se proyectaban sobre la claridad de la ventana. Una mirada a mi alrededor me convenció de que no estaba en mi habitación. Flotaba en una densa nube de colores brillantes.

Me quité el cigarrillo de los labios y lo apagué contra el cenicero. Una salivación espesa afluyó a mi boca. La inquietud que precedía al temor. Me puse a dar vueltas en torno al cuarto. Vagaba a través de un prisma donde los objetos se multiplicaban convertidos en planos superpuestos de colores. Tropecé con algo pesado y tuve que llevarme las manos a los lentes para protegerlos. Al quitármelos recaí otra vez en la realidad. Estaba de frente al muro, contra el rincón. Necesité de algunos minutos para ambientarme en mi consultorio. Habían desaparecido los colores. Los lentes conseguían crear un estado alucigeno similar a las visiones que tienen los enervados por el yajé. Yo mismo lo había comprobado. Probé colocármelos de nuevo. La realidad proseguía tal cual era, pero a partir de los cristales, sur-

gía la ansiosa distorsión de las cosas. Pensé en mis enfermos neuróticos. Un psicoanalista se acostumbra tanto a ser el depositario de sus aberraciones que acaba por introyectarlas. Y estos lentes me producían una imagen muy parecida a las confusas ideas de un maniático. Lentamente me los fui quitando para observar el momento preciso, el foco óptico en que la realidad se distorsionaba y aparecía aquel fenómeno de conversión de formas. Repetidas veces separé los cristales a varios centímetros de mis narices, y otras tantas los aproximé a mis pupilas. Era curioso constatar que no había un punto de transición entre el mundo real y el subjetivo. Yo era apenas un tapiz borroso que se interponía entre aquellos mundos. Tuve miedo. Comprendí que comenzaba a creer en las necedades especulativas de la señorita X.

La conocí una tarde en el laboratorio de fisiología de la Facultad de Medicina. No imaginé que aquellos cristales que jugaban nerviosamente entre sus dedos como monedas, pudieran alcanzar tanta popularidad entre los intelectuales. Los pintores habían hecho de ellos una revolución. Sencillamente decían libertar las formas. Les resultaba más cómodo pintar el diagrama ilusorio de los objetos. La perspectiva, la realidad, los planos, eran sustituidos por la inspiración subjetiva, desembarazada. Después... ya esto fue meramente circunstancial, otra vez la encontré en el Consorcio Optico, recibía no sé si su participación como inventora o los denarios por la atrevida publicidad que había dado a los lentes.

Los introduje en mi estuche y los deposité sobre la mesa. El reloj marcaba las cinco y media de la tarde. En media hora la señorita X estaría en la galería.

— o —

Respiraban un aire viciado, como si no se alimentaran de oxígeno. Las barbas oscuras, ensortijadas, adheridas a la cara con pegotes de cera. La pintura sobre los párpados de las mujeres. Los vestidos ceñidos, piel escamosa de reptiles. Medias oscuras o de colores chillones, pegadas a las piernas tubulares. Las palabras —debían ser palabras las que resbalaban de aquellos labios aceitosos o por los bigotes engomados— se escuchaban como silbidos de serpientes, melosas, exhaustas.

—Menosprecio la óptica del imperfecto ojo humano.

Y reían, o eso parecía.

Allí estaban los pintores. La vista opaca les prolongaba el insomnio. Huían de sí mismos, de esa vida que resistía aún en el temblor de sus dedos. Las barbas untadas de aceite y carbón.

—El artista de talento debe extraer de la propia vida interior la vitalidad de su obra.

No era la primera vez que los oía negarse.

—¡Abajo la percepción!

Los poetas. Dos de ellos se acercaron a mi mesa para retirar las sillas desocupadas. Algunos se drogaban. Pero ni enervados perdían su conciencia de fantasmas.

—Me duele el tabú del sexo.

—Hay que arrastrarlo por las calles. Se asfixia en la oscuridad donde siempre se le ha enclaustrado.

La muchacha con rostro de mariposa estrujó el cigarrillo sobre su rodilla. Extendió el periódico y la oyó exclamar entusiasmada:

—Un satélite tripulado circunda la luna. ¡Por fin somos cosmonautas sin patria!

Esperaban, sin inquietarse de que apareciera la señorita X. En una pagoda no se hubiese tenido tanto fanatismo adoratorio. Porque todas estas personas no hacían otra cosa que prepararse mutuamente para el trance. Serían incapaces de quitarse los lentes pleocrómicos y verse a sí mismos tal cual eran. No les importaba. Después de muchas sesiones, practicando las incómodas posturas del yoga, habían deshumanizado sus músculos, exprimido sus ideas. Ahora les era absurdo retrotraerse voluntariamente a la que consideraban asqueante anatomía del hombre. Los lentes, pues, descansaban allí sobre sus narices frías, uno sobre cada pupila ausente, ventanas abiertas al universo irreal de las no-formas.

— o —

Repentinamente tuve el capricho infantil de despojarme de los lentes. (Por que era de rigor entrar con ellos a la galería aunque no expresamente obligatorio). Y mirar por un instante a esas criaturas, a las que el rito hacía iguales, enajenadas. Querían huir de una sociedad anacrónica, pero se apegaban a ella con más fuerza que un crustáceo a la roca pleistocénica. El periódico, el cine, la televisión, les recortaba las iniciativas, reduciéndolas a moldes tan rigurosos

que ni siquiera sus lentes lograban deformarlos. Antes miré a mi alrededor. Nadie se ocupaba de mí. Se entregaban a sus copas; a sus silabeos de labio a oreja, de labios a labios. Las manos estrujándose mutuamente sus dedos o un seno. O la cintura quebrada por la delgada cinta de un fajón violeta. Me quité los lentes. Cerré los ojos y estuve imaginando el mundo real al que despertaría con solo abrirlos. En ese instante hizo su aparición la señorita X. La trompeta de un conjunto de jazz. Los jóvenes se abrazaban. Pensé en la teoría psicológica del sonido como reforzador de la memoria visual. La señorita X sonreía. La sugerente masculinidad se transpiraba en sus cabellos recortados; en el saco gris; en la corbata alada y en la larga boquilla del cigarrillo. Los lentes. Aplaudían. Se arrastraban hasta ella en actitud genuflexa de seres que habían perdido la verticalidad. Sonreía, pero su sonrisa tenía la misma superioridad que le vi aquella vez que trataba de convencer a los profesores de la Facultad de Medicina con sus delgados cristales. Ahora se arrodillaba a sus pies una congregación de orates. Podía extender sus dedos sobre uno de esos pintores apelotonados ante ella, levantarlo como un espagueti, para que el infeliz ascendiera a la categoría de elegido. Los fanáticos admirarían en aquella lombriz el espectáculo grandioso de la distorsión. Sus cuadros, sus gestos, sus palabras, vistos a través de los lentes, adquirirían la fuerza furiosa de un rayo de luz eneguedor.

Me pareció ver a alguien que discretamente se escondía detrás de la señorita X. Un extranjero que con sus ojos despiertos dirigía los actos de una serie de marionetas. Los hilos invisibles de una publicidad en torno a ella. El reportero disparaba los flash. El camarógrafo la seguía con el ojo de la cámara de televisión. Los mozos vestidos de smoking reforzaban el efecto alucinador con las persistentes copas de champaña que no dejaban aflorar la sed ni el razonamiento. En aquel instante solo yo permanecía con los lentes en las manos. Sabía, por experiencia realizada en mi gabinete, que puestos ante mis ojos, embotarían mi conciencia. Entonces ella descorrió la cortina que conducía a la sala de exposición. La música de jazz terminó de golpe. Los aplausos, que manejaba un hombre de frac, se contagiaron fervorosamente cuando sus manos batieron el silencio. Los reflectores se desplazaron a las paredes. Los cuadros —yo observaba esto sin los lentes— colgaban de cuerdas, cuyos puntos de apoyo se perdían en la oscuridad. Sus marcos trazaban extrañas figuras. Circunferencias. Isósceles. La nueva pintura rechazaba por la fuerza de la luz cualquier rectángulo. El resplandor de ópalo o diamantes. Y no me obnubilaba ninguna falsa percepción óptica.

Las gemas eran parte de los materiales plásticos que se incrustaban en la pintura, sumándose a la yema de huevo; a la tierra; a las fibras vegetales y a las alas de los insectos. Los pintores se rascaban sus barbas. Las orejas retorcidas bajo la boina. Los chalecos rojos y verdes. Una muchacha —después supe que era la última revelación artística— caminaba descalza. Una pierna desnuda y la otra envuelta con una media roja. Iba esa noche a firmar con el talón el inmenso mural, fresco aún, que cubría el fondo de la sala.

—Lo haré a un metro de altura.

Todos lo sabían. Aficionada a la ligereza de ropas, descubriría sus piernas. Los fotógrafos estaban a la expectativa. Yo solo deseaba comprobar si los fanáticos de la deformación conservarían en aquel momento los lentes sobre sus narices sudorosas.

La señorita X hizo la presentación. Levantó su índice hasta la frente de la pintora. Un gesto de unción. No era necesario más. Cuando todos se quitaron los lentes para mirar la pierna desnuda, rasurada como el pubis lampiño de la adolescente, me puse los míos. Y otra vez la eclosión de colores. El manchón furioso del mural. Las líneas convergentes de extraviados bastoncitos rojos y claros. La señorita X —¿era ella ese punto luminoso que no se ubicaba en ningún lugar?— se desplazaba aceleradamente de una pupila a otra. Sentí vértigo. Mis sentidos no estaban acostumbrados a la percepción de aquellas vibraciones. Lejanos, aun cuando se oían allí cerca, el percutir del timbalista y la corneta con sordina de jazz.

— o —

Ahora en el gabinete del analista, la señorita X parecía otra persona. No tenía lentes. Minúscula. Los ojos agrandados y la nariz erecta, adherida como algo muerto, un pico que no olfateara. Los cabellos sueltos le abultaban la cabeza, pero continuaba siendo pequeña. Su primera reacción al ver al psicoanalista fue de agresividad contenida. El médico lo supo y estuvo esperando a quienes imaginó debía conducirla. Nadie se asomó. La señorita X había tomado asiento. Abrió ansiosa la cartera y los dedos aprisionaron la caja de cigarrillos. El humo la envolvió ocultando por un momento sus ojos agrandados. De la nube surgió una mirada como un relámpago. De haber sido fuego realmente habría carbonizado a un cuadro de Picasso que colgaba de la pared. Se levantó impulsivamente hacia él —esgrimía la lima de las uñas—, pero el médico presintió su inten-

ción y precipitadamente se interpuso. Ella comenzó a temblar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. El analista tuvo a bien voltear el cuadro contra la pared y efectivamente este acto la calmó. Retrocedió desconcertada y volvió a sentarse en la silla. Deshizo el cigarrillo con los dedos e inmediatamente encendió otro. Las piernas cruzadas, los hombros relajados. El analista comprendió que se serenaba.

—He leído sus artículos contra mis lentes pleocrómicos. Comprendo que se sienta defraudado. Los psicoanalistas no tendrían pacientes si se toma la neurosis por algo normal. Este es el principio psicológico de mis lentes. No se trata, como usted lo afirma, de una simple distorsión visual de las formas... el caso es que vengo a consultarlo por algo que le parecerá ridículo, como toda neurosis. Mis ojos están acostumbrados a los lentes pleocrómicos, que con ellos o sin ellos, el mundo real se me ha metamorfoseado en sombras transfiguradas. Me siento convertida en una rata ciega...

ANGEL REVILLA

LOS INDIOS KUNAS, O EL SAN BLAS DE LUZ Y TROPICO

El mar, una cosa misteriosa. La playa, tierra muerta, un pedacito de desierto junto al agua salada. San Blas, un archipiélago donde el sol se convierte en la moneda liberatoria del indio Kuna: luz, cielo, horizontes...

Brisa marina, con suave paz. Es la medida de un mar que difícilmente altera su humor en este Golfo; de peculiar cortesía, ceremonioso con los indios y obsequioso con los turistas. Un paisaje ni bucólico ni atalayo. Simplemente eso: plácidamente marino.

San Blas y el Atlántico. Así, grande, ancho, luminoso; verdeazulado de día y verdeoscuro de noche.

Me gusta el Atlántico y por eso escucho hoy aquí tras la puerta de los siglos. Hoy el Atlántico está grande; con esa grandeza que le dan la historia y la leyenda; con la grandeza que tiene una noche de luna, cuando uno desea que haya luna...

San Blas y el Atlántico. Hoy, un mar sin voces, sin huellas, sin ojos de faro que borren en torno de sí lo que nunca encontrará.

Y entre dos islas, un cayuco. Sin canciones, silente de mar y velas, corriendo tras los lunares de espuma, con encajes de estrellas.

Sobre la arena, redes. Redes henchidas, arte y pan del indio; amigos de olas bravías y de voces broncas en otras latitudes.

